

# NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

TOMO XXII

NÚM. 1

## UN HOMBRE LLAMADO SANCHO PANZA

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un labriego de los de sayo jironado, zamarro viejo, asno rucio, hijos y mujer...

Las líneas anteriores, juego paródico de la cadencia de la prosa que inicia el *Quijote*, quieren hacer notar que —desde ese punto de vista— quizá poco hubiera cambiado la obra con tal principio. También sugieren que la novela hubiera podido empezar así de haber sido el escudero, y no el caballero, su héroe nominal; idea que se hace aceptable cuando se analiza a qué punto se disputan la protagonización.

No caeré en el extremo de ciertos críticos que elevan a alturas sobrehumanas la figura del campesino<sup>1</sup>, pero sí me adhiero a muchos otros que, tras ponderado análisis, colocan a Sancho en el lugar que le corresponde como figura de alta calidad humana y novelesca. Dice Américo Castro que Sancho “posee no menos fuerte personalidad que su amo. La diferencia consiste en que la gran incitación para don Quijote fue la que le llevó a convertirse en el Caballero de la Triste Figura, y yace por tanto en su pasado y en el propósito de mantenerla viva; la de Sancho se renueva en cada ocasión y lo lleva por varios rumbos”<sup>2</sup>. Y completa: [Sancho] “es una persona viva, que artísticamente no envejece ni pierde interés. La razón de su existencia no se agota en lo que hace... justamente por descansar en la riqueza de la misma idea que sostiene su vida, muy distinta del concepto lógico-moral inyectado en los tipos de la tradición literaria... Tenemos una forma «sanchesca» de vivir y no un carácter típico” (*ibid.*). A su vez, Dámaso Alonso afirma: “Sancho, del lado humano, es tal vez la máxima creación de Cervantes, y él, simple y sabio, es aún quizá más complejo que su compañero de gloria”<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Por ejemplo, JEAN CAMP en *Sancho*. Paris, 1933.

<sup>2</sup> AMÉRICO CASTRO, “La estructura del Quijote” en *Hacia Cervantes*, 2ª ed., rev. por el autor, Madrid, 1960, p. 290.

<sup>3</sup> DÁMASO ALONSO, “Sancho-Quijote; Sancho-Sancho” en *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas*, Madrid, 1962, p. 10.

Esta mayor complejidad del personaje se hace evidente al considerar cómo don Quijote se mueve dentro del esquema que le marca su locura, en tanto que Sancho sigue una línea de actuación vital, flexible y continua. Ni Amadís, ni Lazarillo, ni Guzmán, ni el propio don Quijote se liberan del condicionamiento que implica una sucesión de aventuras o situaciones impuesta extrínsecamente por el autor. Sancho escapa, se mueve con libertad "personal" y vive como llevado por propia iniciativa.

#### SANCHO Y SU CIRCUNSTANCIA

"Yo soy yo y mi circunstancia", ha dicho Ortega: Sancho será, pues, él y la suya. El escudero de don Quijote fue un niño campesino, uno de tantos hijos de labriegos que soportaban estoicamente su temprana miseria en la España del siglo xvii. El contemporáneo Fray Benito de Peñalosa<sup>4</sup> es autoridad competente para hablar del "status" social que seguramente le correspondió: "... el estado de los labradores en España en estos tiempos está el más pobre y acabado, miserable y abatido de todos los demás estados, que parece que todos ellos juntos se han aunado y conjurado a destruirlo y arruinarlo; y a tanto ha llegado; que suena tan mal el nombre de labrador, que es lo mismo que pechero, villano, grosero, malicioso, y de ahí bajo, a quien sólo adjudican las comidas groseras, los ajos y cebollas, las migas y cecina dura, la carne mortecina, el pan de cebada y centeno, las abarcas, los sayos jironados y caperuzas de bobo, los bastos cuellos y camisas de estopa, los zurrones y toscos pellicos y zamarros adobados con miera, las chozas y cabañas, y algunas mal aderezadas tierras, y algunos ganados flacos y siempre hambrientos... afecto y cargado todo de tributos, hipotecas, pechas, censos y muchas imposiciones..."

En alguna de aquellas chicas y "mal aderezadas tierras" debió de haberse criado en las labores del campo —según propia afirmación— el niño Sancho (II-33); en ella debió de ejercer el oficio de pastor de puercos "cuando muchacho; [aunque] después, algo hambrecillo, gansos fueron" los que guardó (II-42); ligado a ella, tal vez, se vio en la circunstancia de ser criado de alguna cofradía piadosa (I-21); y quizá de esa parcela paterna pasó a ser labrador asalariado de Tomé Carrasco, el vecino de don Quijote. Respecto a su ascendencia, poco sabemos: que tuvo una abuela que dividía en dos los linajes humanos, y también que entre sus antepasados

<sup>4</sup> En su obra *Cinco excelencias del español que despueblan a España para su mayor potencia y dilatación*. Pamplona, 1629, folio 169. Citado por RICARDO DEL ARCO y GARAY en *La sociedad española en las obras de Cervantes*. Patronato del IV Centenario del nacimiento de Cervantes, Madrid, 1951, pp. 722-723; y por LUDOVIK OSTERC, en *El pensamiento social y político del Quijote*, México, 1963, p. 98.

por parte de padre hubo dos excelentes catavinos de la Mancha (II-13). Lo que se nos dice con total certeza es que —criado ya de Tomé Carrasco— era también marido de Teresa Panza (quede así su nombre) y padre de dos hijos —varón y hembra— adolescentes. Basta leer el capítulo II-50 para tener una pintura de la familia de Sancho; el II-5 para conocer las relaciones, entre cómicas y conmovedoras, del escudero con su mujer; y hojear la segunda parte del libro, hacia su conclusión principalmente, para saber de la fidelidad conyugal del personaje. Sancho era un hombre doméstico, que ya en la primera parte (25 y 32) desea volver a su familia y atender a su manutención, acudiendo a su lugar a tiempo para la siega (II-18). Era también un padre consciente y afectuoso a su manera que, a lo largo de todo el libro, muestra su preocupación por el destino de los hijos y, sobre todo, por el estado más conveniente que pueda dar a Sanchica. En la imposibilidad de hacer un elenco de las innumerables referencias a este punto, remito al lector al capítulo II-13 donde, puesto a la par con un igual suyo (el falso escudero del falso Caballero del Bosque), Sancho se explaya: “Dos [hijos] tengo yo . . . que se pueden presentar al Papa en persona, especialmente una muchacha . . . tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de abril, y tiene una fuerza de un ganapán”. Y más adelante: “. . . todo cuanto hacen [mis hijos y mi mujer] son extremos dignos de tales alabanzas, y para volverlos a ver ruego yo a Dios que me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero . . .”

¿Por qué, amando tanto a su familia, ha abrazado Sancho tan asendereado oficio? La mayoría de los autores responden a secas con la palabra “codicia”. No está mal, pero habría mucho que añadirle: primero, que es la codicia del pobre de siempre y para siempre; segundo, que implica la constante preocupación por el presente y el porvenir de su familia; tercero, que corresponde a la actitud psicológica de un personaje cuya abuela (el único de sus antecesores directos que menciona —y dos veces— el escudero) grabó en su mente infantil que los linajes humanos se dividen en dos, “que son el tener y el no tener, aunque ella al tener se atenia” (II-20).

También habría que añadir al motivo de la codicia otro quizá más importante: el indudable ascendiente que Alonso Quijano el Bueno —y añadiré, el sabio— tuvo que haber ejercido sobre su vecino, aquel labrador que más tarde habría de mostrar tan gran disponibilidad para ligar con el hidalgo una amistad a primera vista imposible o, por lo menos, inexplicable. Sólo Cervantes fue capaz de llevar a término la difícil empresa de hacerla tan verosímil, de lograr, en decir de Erich Auerbach, “una creación tan perfecta como la de las relaciones entre Don Quijote y Sancho,

por lo menos, tal como esta pareja se alza ante nosotros cuando hemos acabado de leer la obra"<sup>5</sup>.

El hallazgo previo de los dos futuros compañeros —inevitable en lugar como aquel de cuyo nombre Cervantes no se quiso acordar— es una de las circunstancias que básicamente modifican el ser de Sancho. De labrador pasará a escudero (tan anacrónico como su amo); de hombre doméstico a andariego; de ignorante a cada vez más sabedor de los secretos de aquellos libros que —quizá alguna vez— tuvo ocasión de admirar, con esa admiración que ocasionalmente hemos visto brillar en los ojos de algunos analfabetos privilegiados, hacia la aristocracia de los volúmenes cerrados en sus estantes. Dice el mismo Cervantes en el *Coloquio de los perros* que “la sabiduría en el pobre está asombrada, que la necesidad y miseria son sombras y nubes que la escurecen...” Todo esto, y principalmente la relación ya estable con Alonso Quijano, modifica de raíz el “ser hombre” de Sancho; más aún que otras circunstancias aparentemente más notables: por ejemplo, su condición de temporal protegido de la duquesa y, después, de gobernador de la Insula Barataria.

Otro de los factores que suelen influir —a veces decisivamente— en el destino de un hombre es su apariencia física. De la de Sancho tenemos varios indicios que, curiosamente, no corresponden por completo a la imagen que pintores, grabadores y escultores se han encargado de popularizar hasta el estereotipo. En primer lugar, la edad: suele representarse a Sancho casi con tantos años encima como su amo cuando, en realidad, debía de tener muchos menos. En cierto lugar dice don Quijote: “... mientras más fuere entrando en edad Sancho estará más idóneo y más hábil para ser gobernador, que no lo está agora” (II-3). Teresa, mujer del labrador, “aunque mostraba pasar de los cuarenta años”, era “fuerte, tiesa, nervuda y avellanada” (II-50), apariencia que, en una campesina, corresponde a una mujer bastantes años más joven de lo que representa; y la edad del marido andaría casi a la par con la de su mujer.

Por otra parte, Sancho no era tan seguramente el bajo y rechoncho sujeto a que la iconografía nos tiene acostumbrados. Así, dice Cervantes que en el cartapacio adquirido en el Alcaná de Toledo estaba Sancho representado con un rótulo “que decía: Sancho Zancas, y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas...” (I-9). Para completar su retrato, tomemos los múltiples pasajes en que se hace alusión a que era hombre de barba cerrada y mal afeitada, y que pueden sintetizarse en estas palabras de don Quijote: “... será menester [Sancho] que te rapas las barbas a menudo; que según

<sup>5</sup> ERICH AUERBACH, “La Dulcinea encantada” en *Mimesis: La representación de la realidad en la literatura occidental*, México, 1950, p. 334.

las tienes de espesas, aborascadas y mal puestas, si no te las rapas a navaja cada dos días, por lo menos, a tiro de escopeta se echará de ver lo que eres" (II-21). Tal era, pues, la figura de Sancho Panza, y tal era el hombre que la naturaleza formó y las circunstancias fueron modificando para hacer de él compañero hasta la muerte del Caballero de la Triste Figura.

### EL MAGISTERIO DE SANCHO

Todos los críticos, incluso aquellos que —frente a la visión monolíticamente quijotesca de Unamuno— acarician la idea de la "sanchificación de don Quijote", indefectiblemente se refieren, como a principal, a la transformación del escudero en contacto con la aristocracia espiritual de su señor. Sin negar un hecho tan obvio, me atrevería a afirmar que el magisterio más decisivo —en el sentido de que afecta a una zona más profunda de la personalidad del "educando"— pertenece a Sancho. En efecto, el criado tiene un papel definitivo en la evolución psíquica y afectiva de Alonso Quijano. Su devotísima amistad y ciertos rasgos de su carácter hacen de él un psicoterapeuta inconsciente. Quizá podrían atribuírsele las características que Otto Fenichel asigna a ciertos médicos no preparados psicoanalíticamente: "La mayoría de los terapeutas no se ajustan a un *sistema consciente*, sino más bien a la intuición propia. El médico hace conjeturas, desempeña uno u otro papel, cambia su propia conducta con las reacciones manifiestas del paciente, sin entenderlas. El que sea buen *psicólogo nato* tendrá éxito; el que no lo sea, fracasará"<sup>6</sup>.

Sancho: intuitivo, socarrón, inquisitivo, ingenuo, locuaz, tan gran admirador de su amo como conocedor de sus flaquezas, totalmente receptivo y disponible para la más libre comunicación, constituye el instrumento perfecto para lograr en su señor y amigo una benéfica extroversión. A este respecto es especialmente revelador el capítulo 31 de la primera parte. En él, Sancho, que ya sabe quién es en realidad Dulcinea, tiene uno de sus más grandes aciertos para ir liberando la "psique" de su amo: sigue llamando Dulcinea a Aldonza, aunque ambos tienen conciencia —el hidalgo quizá en forma intermitente— del sujeto real al que se están refiriendo. Esto que, en el aspecto formal literario, es un recurso para el desenvolvimiento de la novela, en el "psiconovelístico" es la condición *sine qua non* de la evolución del caballero. Éste y Sancho coinciden en adoptar un lenguaje convencional para hablar de Aldonza, si no en todos, sí en los más importantes de sus diálogos relativos a ella, y hacen de esto un secreto entre los dos:

<sup>6</sup> OTTO FENICHEL, *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, Buenos Aires, 1966, p. 623.

“Y avisote [Sancho] que no digas nada a nadie, ni a los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado; que pues Dulcinea es tan recatada que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mí, los descubra” (*ibid.*). Esta petición de secreto me hace pensar que el solterón Quijano habla de la joven labradora a quien ama en forma lejana y vergonzante y —a partir de su trastorno mental— de manera más o menos subconsciente. De inmediato, Sancho empieza a enfrentarlo —aunque sin drásticas afirmaciones o negaciones, como otros lo han hecho— a la realidad, empezando aquí por la enfermiza dualidad de su situación afectiva: “Pues si eso es así —dijo Sancho—, ¿cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan a presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firmar de su nombre que la quiere...?” (*ibid.*). Pregunta cuya respuesta directa elude don Quijote, mediante una de sus complicadas lucubraciones caballerescas.

En la imposibilidad de presentar todas las ocasiones en que la intuición sanchesca convierte al criado en maestro de realidad —y por tanto en maestro de vida— de su iluso señor, tengo que limitarme a situaciones clave. Por ejemplo, esa otra del capítulo II-10 en que, bruscamente, Sancho “encanta” a Dulcinea y enfrenta al enfermizo enamorado con una realidad cruel, que no es la de Aldonza misma, pero está muy cerca de serlo. Para mí, en este capítulo climático, Sancho sigue la afectuosa intuición de siempre y acierta a provocar en su señor una máxima revolución psíquica que seguirá una trayectoria lenta y accidentada, pero definitiva, hasta la cordura final y la muerte del hidalgo. En esta crisis —la del “encantamiento” de Dulcinea— se agrava, por de pronto, la disociación del espíritu de Alonso Quijano. Éste sigue dando, a contrapelo, explicaciones caballerescas, pero la realidad va ganando terreno y acabará por imponérsele.

Tan seguro llega a sentirse Sancho en su magisterio, que en otra situación álgida de la evolución ilusión-realidad o locura-cordura de Alonso Quijano —la de la cueva de Montesinos— puede ya negar abiertamente las fantasías de su amo y enfrentársele con una auténtica reprensión: “—Como te conozco, Sancho —respondió don Quijote—, no hago caso de tus palabras. / —Ni yo de las de vuestra merced —replicó Sancho—, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, o por las que le pienso decir, si en las suyas no se corrige y enmienda” (II-23).

Sin embargo, no siempre es Sancho este maestro inmisericorde. La adivinación propia del afecto hace que sus crueles y realistas enseñanzas se vean paliadas —como las de todo buen terapeuta— por mecanismos de refuerzo de la voluntad, en el momento en que se ve aniquilada por la mengua o la muerte de la ilusión. Así, por ejemplo, después de la derrota final del caballero en Barcelona: “—¿No soy yo el vencido? [se recrimina don Quijote] ¿No

soy yo el derribado? ¿No soy yo el que no puede tomar arma en un año? Pues ¿qué prometo? ¿De qué me alabo si antes me conviene usar de la rueca que de la espada? / —Déjese de eso, señor —dijo Sancho—: viva la gallina, aunque con su pepita; que hoy por ti y mañana por mí; y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, si no es que se quiera estar en la cama; quiero decir, que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pendencias..." (II-64).

#### SANCHO AMIGO

Muchos son los aspectos que se han descubierto y seguirán descubriéndose en el *Quijote*. Sin embargo, no me parece aventurado afirmar que —hechas a un lado todas sus obvias y aun ocultamente posibles intenciones y realizaciones paródicas, humorísticas, político-sociales, erasmistas, filosóficas, etc.— esta obra cervantina es, ante todo, la novela de la amistad. El establecimiento, la progresión y la consolidación de este lazo entre los dos personajes sigue las pautas del psiquismo humano, ajustadas intuitivamente por el autor a las circunstancias peculiarísimas de sus héroes. "El impulso amistoso... brota a menudo de las profundidades afectivas de nuestro psiquismo, mucho antes que hayamos podido adquirir el conocimiento racional del otro. Nuestra libido se encuentra estimulada por nuestra disponibilidad para la amistad, por nuestra necesidad de amistad. Pero si nuestro impulso nos lleva hacia tal ser más bien que hacia los demás, es porque *nuestro inconsciente cree reconocer en él una pareja potencial para el diálogo*. Ha adivinado instintivamente que hay algo en común, algún parentesco fundamental entre el otro y nosotros; si no, el diálogo sería impensable. Sin embargo, entre seres que se parecen demasiado, al punto de no ser más que un eco mutuo, *no podría desarrollarse verdadero diálogo*. Las divergencias complementarias importan en efecto tanto, por lo menos, como las similitudes, para que sea posible la comunicación amistosa"<sup>7</sup>. Esta cita —en la que las cursivas son mías— parece hecha de molde para explicar la relación entre dos hombres tan disímiles como un hidalgo leído y aristocratizante y un labrador ignorante y —en diversos sentidos— plebeyo.

He señalado ya que el trato personal entre Alonso Quijano y Sancho Panza, antes de su primera salida como caballero y escudero, me parece muy presumible. Aquél no llevó consigo al servidor más próximo (el "mozo de campo y plaza" que tenía bajo su techo), sino que *solicitó* y aun *instó* precisamente "a un labrador vecino suyo, hombre de bien" (I-7). Hubo, pues, elección

<sup>7</sup> IGNACIO LEPP, *Psicoanálisis de la amistad*, Buenos Aires, 1965, p. 31.

de parte del amo, pero indudablemente la hubo también de parte del criado, que “dejó su mujer y hijos” para seguirlo. Las primeras palabras, transmitidas por Cervantes, que Alonso dirige a su nuevo servidor son: “Has de saber, amigo Sancho Panza...” (*ibid.*). Tras la primera aventura que corren juntos —la de los molinos de viento— acude Sancho Panza “a socorrerle a todo correr de su asno”, y después le muestra solicitud mucho más que de criado reciente y puramente interesado, y un verdadero afecto que sólo puede venir de tiempo atrás. Por ejemplo, viéndolo estoico en el sufrimiento, le dice: “. . . sabe Dios si yo me volgara si vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. . .” (I-8). Por otra parte, no hay que olvidar el pasaje en que Cervantes dice: “. . . Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad, sabiendo él quién era y habiéndolo conocido desde su nacimiento. . .” (I-13). La frase es ambigua, pero no cabe duda de que se refiere al nacimiento del propio Sancho, de menos edad que su señor. Estas palabras demuestran la atención que —desde su distancia de campesino— Sancho tenía puesta en el hidalgo y confirman la idea de que también de su parte hubo esa elección de compañerismo hacia aquel terrateniente venido a menos, extravagante y pobre, pero bueno y aureolado —para Sancho el analfabeto— por la fama aldeana de sus libros y conocimientos. Es imposible negar la disparidad inicial entre los dos amigos —disparidad que provocó el que, durante mucho tiempo, los comentaristas superficiales del *Quijote* hicieran de ellos el símbolo de una antítesis que sería ocioso recordar— pero, de hecho, tal oposición corresponde a esas “divergencias complementarias” que abren portillo al diálogo, ese diálogo sin el cual el *Quijote* hubiera sido una novela imposible<sup>8</sup>.

El examen detallado de la progresión amistosa entre la pareja cervantina pediría todo un libro, en el que el análisis psicológico tendría lugar primordial. Aquí he de limitarme a seguir esa evolución en sus momentos culminantes y en forma superficial. Ya me referí a la primera aventura que coge juntos a los dos personajes: la de los molinos de viento. Sólo añadiré que inmediata-

<sup>8</sup> Al hablar del diálogo entre don Quijote y Sancho es imposible omitir una alusión a lo que es, al mismo tiempo, rasgo característico del escudero y ocasión de una peculiaridad notable de la relación entre ambos. Me refiero al “pleito de los refranes” que sostienen desde que en I-19 Sancho suelta el primero de ellos. De ahí en adelante será amonestado muchas veces por su amo, pero acabará sacando, también en esto, la delantera. Hacia el final del libro, el caballero seguirá reprendiéndolo, pero su misma reprensión se habrá vuelto paremiológica, al estilo sanchesco: “. . . muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo en refranes. . . pero parece que es predicar en desierto, y castígame mi madre y yo trompójeas” (II-67). En cuanto a Sancho, no perderá la ocasión de hacer notar este que puede considerarse triunfo suyo: “. . . señor nuestro amo, no soy yo, ahora el que ensarta refranes, que también a vuestra merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que a mí. . .” (II-68).

mente antes de ella, Sancho manifiesta la más plena y satisfecha conciencia de haber elegido un amo singular. Cuando Alonso le aconseja no apocar su ánimo, responde: "No haré, señor mío... y más teniendo tan principal amo en vuestra merced..." (I-7). Añadiré también que inmediatamente después de esa aventura, el solemne don Quijote ríe por primera vez (I-8), que esa risa benevolente la provoca Sancho y que nadie volverá a provocarla si no es el mismo escudero, en las contadas ocasiones en que llega a reír el Caballero de la Triste Figura.

Después de la aventura del vizcaíno —insólitamente concluida con una victoria del hidalgo— Sancho departe ya con su amo de igual a igual, y aun se atreve a empezar la que será larga lista de sus advertencias: "—Advierta vuestra merced, señor don Quijote, que si el caballero [el vizcaíno] cumplió lo que se le dejó ordenado... no merece otra pena si no comete nuevo delito. / —Has hablado y apuntado muy bien —respondió don Quijote..." (I-10).

Sin embargo, Sancho aún tiene, a veces, el sentimiento de su inferioridad social, como demuestra el episodio de los cabreros en que el amo recalca que quiere igualarlo consigo, sentándolo a su lado y haciéndolo comer de su plato (I-11), cosa, por otra parte innecesaria, puesto que ya antes habían comido los dos "en buena paz y compañía" (I-10). A esta invitación, un poco exhibicionista ante los cabreros, que don Quijote le hace, Sancho se retrae: "¡Gran merced!... Y aun, si va a decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón, sin melindres ni respetos..." (*ibid.*). Desde el principio, nó todo es buen entendimiento entre amo y criado, y es menester recorrer el *Quijote* con ojo alerta a esos matices de una amistad naciente que, de manera magistral, Cervantes va a llevar a su consolidación.

El siguiente momento significativo, dentro del aspecto que me ocupa, se da en la venta famosa (I-16), después de la chusca aventura de los yangüeses. Sancho introduce a don Quijote atravesado en el asno y molido a golpes, y es notable su empeño en ocultar la causa humillante de su molimiento. Al ventero dice que el caballero "había dado una caída de una peña abajo", y a la ventera se enfrenta decidido: "No fueron golpes, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal". Más aún, cuando le es preguntado el nombre del lastimado señor, no lo da a secas, sino seguido de referencias que impidan la menor sospecha de afrenta: "[Se llama] don Quijote de la Mancha —respondió Sancho Panza—: y es caballero aventurero y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo". Por otra parte, es notable el olvido de sí que aquí muestra el escudero, tan golpeado como su señor.

Sabido es cómo termina este primer episodio de la venta: con el manteamiento de Sancho (I-17), quien reacciona airadamente

ante la poca o ninguna presteza de su amo para defenderlo (“Guárdese su licor con todos los diablos y déjeme a mí”), y en el siguiente capítulo —a pesar de haber recibido, por primera vez, de don Quijote, el nombre de “Sancho bueno”— se encara con él para reprocharle: “... señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo [para ayudarme] en ál estuvo que en encantamientos...”

En la aventura de los dos rebaños-ejércitos, Sancho cumple su papel de advertir al hidalgo antes de la “batalla” y de socorrerlo después de ella, con tales consecuencias que “propuso en su corazón de dejar a su amo y volverse a su tierra” (I-18). Sin embargo, ambos han recibido ya demasiado el uno del otro para poder separarse tan fácilmente, y así, en la siguiente aventura, la del cuerpo muerto (I-19), vuelven a juntar sus suertes y dan un tirón más en el estrechamiento del vínculo que los une: Sancho puede ya mirar a don Quijote con ironía y hacérselo saber, no sólo sin ser reprendido, sino recibiendo correspondencia a la medida de su actitud. El labriego bautiza inesperadamente al señor Quijano como “Caballero de la Triste Figura”, y cuando éste le pregunta la razón, responde: “... Porque le he estado mirando un rato a la luz de aquella hacha... y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura... que jamás he visto...”. Don Quijote acepta el título gustoso y decide hacer pintar en su escudo “una muy triste figura”, ante lo cual Sancho va más lejos: “No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer esa figura..., sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya y dé rostro a los que le miraren...”

Que, a pesar de todo, Sancho sigue y seguirá unido a Alonso Quijano, lo muestra la aventura de los batanes (I-20). Cuando —después de una noche de terror para el criado— su amo se despide para lanzarse a lo que parece ser una auténtica y mortal aventura, “... tornó a llorar Sancho oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio”. Tan firme adhesión “enterneció algo a su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna; antes disimulando lo mejor que pudo comenzó a caminar...” Cervantes da fin a esta aventura con un desengaño que hace caer en cómico vacío la intensa y prolongada preparación moral del “valeroso andante”. Y aquí es donde Sancho, con “los carrillos hinchados y la boca llena de risa”, provoca fugazmente la hilaridad de su señor e, inmediatamente después, su gran cólera, al burlarse de él mediante una parodia de su altisonante discurso anterior a la fallida aventura. Provoca también esa prohibición: “... está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo...”; prohibición que representa la reacción del monomaniaco ante lo que lesiona su

monomanía, pero que no tardará en ir retirando hasta llegar al extremo, hacia el final del libro, de solicitar humildemente la conversación de su criado: "Durmió Sancho aquella noche... en el mismo aposento de don Quijote, cosa que él quisiera excusarla, si pudiera, porque bien sabía que su amo no le había de dejar dormir a preguntas y respuestas... Salióle su temor tan verdadero...", etc. (II-70).

Desde otro punto de vista (el de la identificación entre Aldonza y Dulcinea) he tocado ya el episodio de la Sierra Morena. Aquí debo decir que éste y los que le siguen (del capítulo 25 al fin de la primera parte) representan una situación crítica en la amistad de Sancho hacia don Quijote. Plenamente conocida la locura de su amo, el servidor se enfrenta al dilema de ser comprensivo con el enfermo, por una parte, y por otra, de contener sus desvaríos, aunque para ello tenga que traicionarlo en diversos aspectos. De aquí su engaño con relación a la visita a Dulcinea-Aldonza, de aquí su connivencia con el cura y el barbero y, después, con Dorotea-Micomicona y todos los bienintencionados personajes que en la venta se ocupan de don Quijote. De aquí también su desconcertante proceder y esos bandazos de su actuación que lo llevan, durante muchos capítulos, ora a un extremo, otra al otro. Sancho es incoherente porque tiene (o quiere tener) fe en don Quijote y porque no la tiene; porque desea seguir siendo el compañero de esa interminable aventura que es la vida del hidalgo y, simultáneamente, desea poner fin a esa andanza descabellada. De ahí que la amistad de Sancho nos resulte desconcertante, lo cual no impide que sea fiel hasta el fin. Su afecto se muestra en su insistencia para que el amo desista de una penitencia áspera y gratuita, en su temor por dejarlo solo en la sierra, en sus palabras contemporizadoras... La crisis en que va entrando su amistad se manifiesta en una cólera de muy distinta especie de cuantas suelen invadirle a lo largo de la novela: "—... aparéjese la señora Dulcinea; que si no responde como es razón, voto hago solene a quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago a coces y a bofetones. Porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco, sin qué ni para qué, por una...? No me lo haga decir la señora... / —A fe, Sancho —dijo don Quijote—, que, a lo que parece, que no estás tú más cuerdo que yo. / —No estoy tan loco —respondió Sancho—; mas estoy más colérico" (I-25).

Al llegar a su desenlace la peripecia iniciada en la Sierra Morena, Sancho ve a su señor bienintencionadamente encerrado en una jaula-carreta y, al parecer, camino a su curación. Pero no deja de sentir su humillación y su tristeza: "Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas manos, porque la

una no pudiera, por estar atadas entrambas" (I-46). Y a lo largo de todo el trayecto hacia su aldea, sostiene con el hidalgo, a hurtadillas de los demás, el diálogo que su intuición le sugiere como más propicio para lograr, sí, que don Quijote vuelva a la paz doméstica, pero sin que sucumba al engaño urdido por los demás, ni a la astenia que su propio derrotismo le impone (I-48 y 49): "... Viendo Sancho que podía hablar a su amo sin la continua asistencia del Cura y el Barbero, que tenía por sospechosos, se llegó a la jaula donde iba su amo y le dijo..." etc. (I-48). Y también: "... sería bien [dice Sancho a don Quijote] que vuestra merced probase a salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder a facilitarlo... y si no nos sucediese bien... prometo a ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced..." (I-49). Alonso Quijano, por su parte, incapaz ya de propia iniciativa, se entrega a su servidor: "—Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano... yo te obedeceré en todo por todo" (*ibid.*). No obstante, a pesar de las astucias de Sancho y de haber determinado don Quijote "poner en obra lo que su escudero ordenase", la primera parte del libro concluye con la entrada del hidalgo en su pueblo, enjaulado sobre la carreta de bueyes y expuesto a la irrisión de sus vecinos "en la mitad del día, que acertó a ser domingo" (I-52).

Después de un mes de reposo y convalecencia —en que don Quijote ha estado aislado de cuantos tomaron parte en sus últimas andanzas— recibe al cura, al barbero, al recién llegado de Salamanca bachiller Sansón Carrasco y, contra la voluntad del ama y la sobrina, a Sancho Panza. El *tête-à-tête* con este último (II-2) demuestra que la vuelta al terruño no ha menoscabado la liga mutua ni la adhesión del labrador quien, poco después, dirá a su mujer: "... yo estoy alegre porque tengo determinado de volver a servir a mi amo don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir a buscar las aventuras..." (II-5). Con todo, la alegría de Sancho no es sólo por volver a la compañía del hidalgo, sino también por la esperanza que recupera de una ganancia considerable, representada por la "ínsula" y su gobierno. En este capítulo de la conversación con su mujer, se revela como nunca la necesidad económica de la familia Panza, y la ambición del padre de remediarla con creces, logrando alto matrimonio para la hija, prebendas eclesiásticas para el varón y bienestar y aun honores para la mujer. Y así, acaba por pedir a su amo salario fijo por mes, a cambio de sus servicios escuderiles. El hidalgo se niega a tal arreglo aduciendo razones caballerescas —con las que tal vez se disfraza a sí mismo imposibilidades pecuniarias— y de aquí brota el primer chispazo de ternura en la segunda parte de la obra: "—... yo [dijo don Quijote] con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no

se digna de venir conmigo. / —Sí digno —respondió Sancho enterrecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió: . . . si me he puesto en cuentas de tanto más cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer a mi mujer . . . y yo de nuevo me ofrezco para servir a vuestra merced . . .”. Finalmente, “don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos” (II-7).

El siguiente pasaje significativo es el de Dulcinea “encantada” por Sancho a la salida del Toboso (II-10), ya comentado desde otro punto de vista. Aquí sólo quiero hacer notar que el capítulo de Auerbach sobre este episodio (ya mencionado en la nota 5) —estudio que tan poco otorga y quiere otorgar al sentimentalismo— hace hincapié en la emotiva calidad de la relación entre caballero y escudero, precisamente al comentar un hecho que a tantos ha parecido sólo una cruel burla del criado. Nos habla de la “amorosa atención y delicado adentramiento” que tuvo que tener Sancho, respecto al mundo interior de don Quijote, para poder fraguar esta invención, ni malintencionada, ni motivada sólo por el deseo de ocultar a su amo una mentira anterior. Y añade: “Nadie experimenta la personalidad de don Quijote de un modo tan completo, nadie se la asimila directamente y como un todo con tanta pureza como Sancho” (*op. cit.*, p. 333).

Es notable el cambio que se opera en el ánimo de Alonso Quijano después del perturbador incidente del Toboso. Este cambio afecta las relaciones con su escudero, que entran en una nueva etapa. El criado va siendo, cada vez más, consejero del hidalgo y va tomando, en forma creciente, el manejo de las diversas situaciones. Veamos, por ejemplo, este diálogo con que culmina el episodio de las carretas de “Las Cortes de la Muerte”: “—No hay para qué, señor —respondió Sancho— tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos . . . / —Pues ésa es tu determinación —replicó don Quijote— Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas y volvamos a buscar mejores y más calificadas aventuras . . .” (II-11).

Al iniciarse el suceso del falso Caballero de los Espejos, en conversación con su disfrazado vecino Tomé Cecial, Sancho declara abiertamente la principal de sus razones para ser escudero andante: Mi amo “no tiene nada de bellaco, antes tiene una alma como un cántaro; no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene malicia alguna; un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez le quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarle, por más disparates que haga” (II-13).

De esa aventura —clave en todos sentidos— que es la de la Cueva de Montesinos, ya he hablado. Sólo remito aquí a las severas palabras de Sancho, ya citadas atrás. Cada vez más va intuyendo la

naturaleza y evolución de la afección psíquica de su amigo, y el tratamiento que —como simple psicólogo nato y espontáneo— puede irle dando.

Nada de lo anterior significa que el servicio escuderial, convertido cada vez más en cuidado de la persona de don Quijote, deje de parecer a Sancho, muchas veces, pesado y mal remunerado. En una ocasión más (II-28) ha de dar lugar para que el hidalgo le diga: "... vuelve las riendas o el cabestro al rucio, y vuélvete a tu casa; porque un solo paso desde aquí no has de pasar más adelante conmigo". Sancho "compungióse de manera que le vinieron las lágrimas a los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo: —Señor mío, yo confieso que para ser del todo asno no me falta más que la cola; si vuestra merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los días que me quedan de mi vida. Vuestra merced me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco...".

Durante todo el tiempo pasado en el palacio de los duques, Sancho se olvida de su señor. La fascinación del ambiente aristocrático, la grata creencia de estar "en privanza con la duquesa" (II-31), cuyo "lado o faldas" era su "acostumbrado refugio" (II-36), la proximidad del gobierno de la "ínsula", ese mismo gobierno y los extraordinarios sucesos en que toma parte lo enajenan por completo; y maravilla sería que no hubiera sido así. Sin embargo, preguntado por la duquesa, hace estas ausencias de su amo: "... somos de un mismo lugar, he comido su pan; quiérole bien; es agradecido; díome sus pollinos, y, sobre todo, yo soy fiel; y así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón" (II-34).

En otro aspecto, la profecía de Merlín —preparada por la industria de los duques y en la cual se expresa que el desencantamiento de Dulcinea depende de los miles de azotes que Sancho debe propinarse— va a introducir un elemento nuevo y perturbador en la relación entre los dos amigos. Sancho siente tal condición y la insistencia de don Quijote para que la cumpla, como atentatorias, no sólo de su integridad física sino —lo que es más importante— de su dignidad personal. El sentido realista de esa dignidad le va a dar el medio para terminar, de una vez por todas, con ese elemento de perturbación. Cuando don Quijote intenta azotarlo estando el criado dormido, se desarrolla la acción siguiente: "Sancho Panza se puso en pie, y arremetiendo a su amo, se abrazó con él a brazo partido, y echándole una zancadilla, dio con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenía las manos, de modo que ni le dejaba rodear ni alentar. Don Quijote le decía: —¿Cómo, traidor? ¿Contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿Con quien te da su pan te atreves? / —Ni quito ni pongo rey —respondió Sancho— sino ayúdome a

mí que soy mi señor" (II-60). Aquí Sancho tiene la clara vivencia de que la verdadera amistad no puede lesionar, en ningún sentido, la integridad personal, y de que en toda auténtica comunión humana "hacemos nuestra la existencia de nuestro amigo dentro del más absoluto respeto por su alteridad"<sup>9</sup>.

Después de los sucesos de la Insula Barataria, Sancho queda desilusionado del poder y decide volver al servicio, no de los duques, sino de don Quijote: "Así que, mis señores... besando a vuestras mercedes los pies... doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor don Quijote..." (II-55).

Así es como se echa de nuevo al camino esta pareja de amigos, quizá la mejor fraguada en toda la literatura universal. Tanto cabalga que llega, tras diversos incidentes, a Barcelona. Aquí de nuevo, entre la sociedad y en el ambiente de una ciudad, y ciudad marítima, Sancho se deslumbra y olvida a su amo; no tanto que no acuda a socorrerlo cuando es menester, como lo es después de la danza a que lo obligan aquellas dos damas "de gusto pícaro": Sancho "dió con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su baile" (II-62).

En esta ciudad ocurre la derrota definitiva del caballero, bajo la punta de lanza del disfrazado bachiller Sansón Carrasco. No es posible mostrar fragmentariamente, a través de citas, la actitud comprensiva de Sancho ante tamaña desventura; es preciso recorrer los últimos capítulos del libro para ver cómo este buen criado y amigo (en medio de fluctuaciones que —como la de su abierta rebelión, ya comentada— no hacen más que dar el toque de pleno realismo a su amistad) asiste a su señor para paliar la amargura de la derrota, y tratar de curar la abulia de su melancolía.

Y así llegamos, con Sancho, al pie del lecho de muerte de don Quijote. Es verdad que "con todo, ... se regocijaba Sancho Panza, que esto de el heredar, algo borra o templea en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto" (II-74); pero también es auténtica la sinceridad que Cervantes hace vibrar en estas palabras con que Sancho responde a las últimas que su amo le dirige: "—¡Ay!, respondió Sancho llorando: no se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama y vámonos..." (*ibid.*).

Don Quijote ha muerto. Sancho no ha logrado casar a Sanchica con un conde, ni hacer "doña" a su Teresa, ni eclesiástico a su heredero, ni ha dejado de ser labrador y pobre, pero ha alcanzado, gracias a la amistad, la plenitud de su "ser hombre". Es ya —como

<sup>9</sup> IGNACIO LEPP, *op. cit.*, p. 129.

de él dice o se ve obligado a decir Unamuno— “hombre de verdad, entero y verdadero”<sup>10</sup>. Y así concluye el libro que la crítica y la costumbre nos han hecho considerar “la novela de don Quijote”, pero que con igual razón puede llamarse “la novela de Sancho”.

TERESA AVELEYRA A.

El Colegio de México.

<sup>10</sup> MIGUEL DE UNAMUNO, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Madrid, 1958, p. 185.